

E

2020 ¿Un año perdido?

D

Si en diciembre de 2019 alguien nos hubiera dicho que íbamos a acabar el año 2020 todos embozados en mascarillas, le hubiésemos aconsejado que dejase de ver series de televisión durante una temporada. La pandemia nos ha dictado unas condiciones de vida que no podíamos imaginar.

I

Superadas las atrocidades de la primera mitad del siglo XX, las naciones que comparten las ideas democráticas del mundo occidental supieron construir sociedades relativamente equitativas, prósperas, libres y seguras. Los españoles acabamos por incorporarnos, aunque tardíamente, a ese mundo de valores compartidos, incontestablemente eficaces y estimulantes para el desarrollo social. Gracias a ello, una gran mayoría de la población occidental actual ha pasado su vida conociendo las grandes tragedias solo por la televisión. Seguramente, algo único en la historia de Occidente. Estábamos mal acostumbrados.

T

Así que no es de extrañar que, parafraseando estribillos de Joaquín Sabina, ahora nos preguntemos perplejos quién nos ha robado el mes de abril. Pero ¿realmente hemos perdido el mes de abril y los demás meses del año? El tiempo nunca se pierde, siempre pasa dejando poso. Y más, el tiempo de las épocas de crisis. El año 2020 nos ha servido para saber que nuestro sistema sanitario no era tan bueno como creíamos, que la asistencia a nuestros ancianos necesitaba una profunda transformación, que nuestra economía se ha de basar en cimientos más sólidos, que la política que organiza nuestra convivencia es demasiado partidista y cortoplacista, que a veces no somos todo lo serios y responsables que es necesario... También, para recordarnos individualmente que somos vulnerables, que se pueden romper fácilmente las cadenas sociales y que en cualquier esquina de un pueblo confinado acecha la soledad. Es lógico que lo hayamos aprendido ahora; cuando llueve es cuando más se notan las goteras, y nos está cayendo encima un buen chaparrón. Habrá que retejar sin tardanza.

O

R

Pero mucho cuidado con las soluciones fáciles y los atajos que nos invitan a volver al pasado o nos pueden llevar a ríos revueltos para ganancia de ciertos pescadores. El futuro pide reflexión, trabajo y convivencia para perfeccionar esos valores occidentales de los que hemos hablamos (los que nos han llevado a la situación privilegiada en la que, a pesar de todo, seguimos estando), no para derribarlos. Seguramente, también pide el futuro actitudes personales, basadas más en la riqueza interior y la realización personal que en la ostentación, la socialización superficial y el consumismo.

I

A

Necesitaremos también grandes dosis de solidaridad. Pertenecer a una UE capaz de garantizar una distribución equitativa de vacunas a sus ciudadanos –algunos pueden curarse la nostalgia del pasado comparando esta situación con los trapicheos y estraperlos del tráfico de antibióticos durante las posguerras- no nos debe hacer olvidar que, nos guste o no, vivimos en un mundo globalizado. La pandemia es mundial y estará con nosotros mientras no se haya vencido en todo el mundo. Sufriremos las penurias de las naciones más desfavorecidas en forma de contagios, destrucción del medio ambiente, distorsiones económicas, flujos migratorios desorganizados y hostilidades ideológicas radicales. Paradójicamente, la solidaridad es la vía más viable y constructiva para vehicular nuestro egoísmo.

L

El 2020 ha resultado ser año de reválida; lo habremos malgastado de verdad si no estudiamos bien los difíciles problemas que nos han caído en el examen.